

RUDYARD KIPLING

**EL LIBRO DE
LAS TIERRAS
VÍRGENES**

INTRODUCCIÓN DE ARTURO SOUTO ALABARCE
SU RELACION CON EL LOBATISMO DE ADOLFO ARISTEGUIETA GRAMKCO
RESUMEN DE BERNARDO ABAD RABANAL

INDICE

- Introducción, De Arturo Souto Alabarce.
- 1. Los Hermanos De Mowgli.
- 2. La Caza De Kaa.
- 3. De Cómo Vino El Miedo.
- 4. ¡Al Tigre! ¡Al tigre!.
- 5. La Selva Invasora.
- 6. Los Perros De Rojiza Pelambre.
- 7. El Ankus Del Rey.
- 8. Correteos Primaverales.
- 9. Quiéuern.
- 10. Rikki-Tikki-Tavi.
- 11. Los Servidores De Su Majestad.
- 12. La Foca Blanca.
- 13. Los Enterradores.
- 14. El Milagro De Purun Bhagat.
- 15. Toomai De Los Elefantes.
- La Importancia De El Libro De Las Tierras Vírgenes Como Temática Fundamental Del Lobatismo, De Adolfo Aristeguieta Gramcko.
- Resumen De Los Primeros Ocho Capítulos De El Libro De Las Tierras Vírgenes, De Bernardo Abad Rabanal.

KIPLING EN LA ACTUALIDAD

Una ley a la que pocos escritores escapan es aquella por la que cuanto mayor ha sido su fama, más profundo el olvido en que fatalmente caen tarde o temprano. Y a esta ley, más rigurosa que en otro ninguno, fue sometido Kipling. Las mismas causas que lo engrandecieron en su tiempo fueron también las que lo abandonaron. Los motivos mismos por los que sus lectores lo vieron como al más grande escritor de lengua inglesa fueron los que lo relegaron al rincón de los viejos clásicos escolares. Hoy, el nombre de Kipling evoca en nosotros, los que hablamos español, el cuarto de los juguetes y los animales, los sueños de la infancia, los bosques vírgenes de la India. Y sin embargo, Kipling fue o creyó ser más que todo eso. En su siglo fue la voz del Imperio Británico, el bardo de las chaquetas rojas que ensanchaban las fronteras de la civilización, el pintor heroico de la "delgada línea roja"... Para sus coetáneos, Kipling fue el verbo y el color por los que manifestaron su propia pasión de dominio, su propia fe en un mundo regido por la ley del Imperio, perfecta, eterna. Y fue, en efecto, un tiempo en que la ley parecía perfecta y eterna. El Imperio Británico superaba en extensión todos los precedentes. Allí donde otros habían fracasado -portugueses, españoles, franceses-, creía triunfar en virtud de una fe superior: la fe en la razón. A Gordon, por ejemplo, el mártir de esa fe imperial, alanceado por las huestes del Madhi en Karthún, no acabaron de entenderlo muy bien los lectores de Kipling. Porque Gordon fue un personaje hamletiano, un alma neblinosa en la que no supieron deslindar el heroísmo de la cobardía, un hombre indeciso a fin de cuentas. Cierto es que lo vengaron, y a fondo; arrasaron el Sudán, aniquilaron aquellos mismos fuzzi wuzzies que cantara Kipling con la muy típica caballerosidad inglesa hacia el caído del que se sabe nunca más podrá alzarse. Pero en ese momento en que parecía más firme que nunca el Imperio, en ese punto mismo de culminación, se abrían las primeras grietas. Kipling fue uno de los primeros en observarlas, en columbrar las que a poco se harían grietas, desintegración total. Sus lectores, por lo contrario, no vieron nada entonces; siguieron cantando al son de su flauta. Una flauta que indudablemente encubría ya la premonición, el sentimiento secreto -y a veces manifiesto-, de que el Imperio iba a morir. Se ha señalado la rebelión de los mahometanos en Delhi como el suceso que vino a ensombrecer la música imperial. Más concretamente, se subraya la gran guerra del catorce como el tiempo en que Kipling y otros ingleses comprendieron que pronto caerían su Imperio y su fe. El hecho es que a partir de 1918, Kipling se retrae, se acaracola en sí mismo y gradualmente entra en el olvido. En esa guerra del 14-18, había perdido su propio hijo. Y los otros, los que volvieron, no querían saber nada de imperios, ni de soldados ni de trincheras. Las nuevas generaciones estaban asqueadas del Imperio, no pretendían en lo absoluto civilizar a nadie, y a nadie imponer la Ley de la que tanto habló Kipling en sus libros. Una vez probados el fango, la perita, la metralla y las ratas en las trincheras de Flandes, los veteranos ingleses no podían separar a los civilizados de los salvajes. El desengaño culminaría con la segunda Guerra Mundial. Una vez probado Hitler y su nuevo orden --en algo parecido a la Ley de Kipling--, todo lo que tuviera tufo a pólvora y civilización les repugnó profundamente. Desvanecido el Imperio, se desvanecía también el bardo que lo cantó y que al final de su vida comprendía y aceptaba, con ironía muy inglesa, que las cosas acaban, y sobre todas, algo tan frágil como un imperio. De ahí que la crítica inglesa haya olvidado bastante, y olvidado deliberadamente, durante los últimos años a Kipling. No era posible para el lector inglés identificarse con un escritor que había cantado durante tanto tiempo todos y cada uno de los motivos contra los que ahora luchaba. El Imperio Británico, la raza blanca, el mercader, la razón, la ley --esa Ley un tanto metafísica, misteriosa, sobre la que volveremos más adelante-, se desplomaban fuera y dentro de Inglaterra. Kipling era, en suma, para los jóvenes ingleses de los años cuarentas, el corifeo del imperialismo, de la agresividad aria. Se le llamó, se le llama todavía, fascista. Esto en cuanto al trasfondo de sus obras, al espíritu que las anima. Por lo que respecta al arte con que están hechas, el trazo, el color, el sonido, el ritmo de la palabra, tampoco podían comulgar con ellas la generación de un Wells, de un Huxley, de un Joyce, de un Eliot, a pesar de ser éste uno de los primeros en iniciar su reivindicación. Eliot, da por supuesto que su poesía fue, en efecto, una de las más populacheras, estridentes y a fin de cuentas, ramplonas que se hayan hecho nunca en inglés. Y paradójicamente, una de las mejores. Otro ha sido el destino de sus cuentos y de sus novelas. Aislados del contexto en que fueron escritos, separados de las ideas que los informan, reducidos sencillamente -si es que esto se puede hacer-, a la fuerza, la

gracia y el color con que se cuentan, los cuentos de Kipling han sobrevivido al mundo que los originó. Algunos siguen siendo clásicos, modelos de arte narrativo, de movimiento, de concisión y de energía expresiva. Al paso de los años y de las cosas no han perdido su poder de sugerencia, ese poder mágico que sólo la prosa verdaderamente poética puede tener. Y una vez más lo que sobrevive de un gran escritor viene a ser lo que él creía menos significativo, menos trascendente. Porque de Kipling, sobre todo entre los lectores de habla española, lo que perdura es el mundo de Mowgli, esto es, el mundo de los niños. Lo demás, lo que Kipling creyó más firme, grave e importante, el Imperio, ha desaparecido.

LA VIDA Y LOS LIBROS DE KIPLING

Rudyard Kipling nació en la segunda mitad del siglo xix, en Bombay. Aunque vivió hasta bien entrado nuestro siglo, el suyo, al que perteneció su espíritu y con el cual se identifica la parte mayor y más efímera de su obra (la seria, la supuestamente trascendente) está de lleno en el pasado. Su primer ambiente fue el de la sociedad angloindia del Virreinato, una sociedad que precisamente por ser colonial quería ser, más que inglesa de carne y hueso, la personificación de una idea: la idea del Imperio Británico. Su primer mundo es el mundo de los administradores oficiales, los bungalows, los soldados, los oficiales y los sirvientes indígenas. Una sociedad dominante, pero al tiempo incluso en una tierra casi infinita en sus proporciones físicas y humanas. La India, y esto se ha dicho repetidas veces, produce en los que a ella llegan una tremenda sensación de poder cósmico: el occidental se siente abrumado, avasallado por las montañas, los bosques, los desiertos, los templos, los mendigos, las muchedumbres. Pero lo más abrumador de esta sensación no es sólo la infinitud espacial, sino lo que tiene de tiempo infinito, de eternidad, de ciclos que incesantemente han sido, son y serán. En síntesis: lo que abruma al occidental en la India es el tiempo. A pesar de su fe en los destinos del Imperio y la razón práctica del hombre occidental, Kipling sabía en el fondo que, a la larga, el tiempo infinito de la India asimilaría a los conquistadores como tantas otras veces lo había hecho con hombres igualmente audaces. Por eso escribió sobre la "grande, gris, amorfa India" que al cabo triunfa siempre de los intrusos. La sociedad colonial se sabía muy pequeña, aislada y fugaz en comparación. A pesar de su orgullo racial, de su indudable superioridad tecnológica, de su fe en una misión imperial y civilizadora, los angloindios estaban siempre a la defensiva. Se sabían débiles y esto acentuaba su afán por afirmarse en una individualidad, en una separación, en una casta. "Yo soy Kim-Kim-Kimsolo-una persona-en el medio de todo ello." Así Kipling, que muy temprano en su vida sintió la soledad. Su padre era escultor y había llegado a la India para encargarse de la dirección del museo de arte en Lahore. Fue también escritor y sin duda un hombre de cultura y sensibilidad. Su madre pertenecía a la alta burguesía; una de sus hermanas sería años* más tarde madre del primer ministro Baldwin. El ambiente que rodeó a Kipling durante sus primeros años fue por tanto el más acomodado que podía encontrarse en la sociedad angloindia. Aunque se identificara con esa sociedad, cuando menos en apariencia, Kipling no omitió nunca, en las descripciones que de la misma hizo en su obra, sacar a la luz todos sus muchos defectos y debilidades. Y es que la conocía muy bien. Sabía que el mal secreto que la corroía, y la debilitaba cada vez más ante la India inmensa, era precisamente la conciencia de su propia soledad, de su propia fugacidad. "Yo soy Kim-Kim-Kim-solo-una persona-en el medio de todo ello." Sus propias experiencias personales contribuyeron a este sentimiento. Kipling era moreno, y cuando niño muchos sospecharon de la pureza de su sangre. Esto no era sino un pequeño ejemplo del rigor con que esa pequeña sociedad angloindia pugnaba por conservarse en el subcontinente. En rigores semejantes, arraigó la soledad de Kipling y de otros escritores coetáneos suyos que escribieron sobre la pequeñez del hombre occidental en el mundo asiático, Conrad, por ejemplo. Tuvieron tiempo suficiente, sin embargo, para vislumbrar el misterio de la infinitud oriental. Se ha dicho de Kipling que nunca llegó a comprender a la India, pero esta afirmación resulta ahora bastante exagerada. Lo indudable es que Kipling supo mucho más de la India que sus contemporáneos ingleses; más aún, que en algunos momentos de su obra se encuentran intuiciones penetrantes. Y por muy etnocéntrico que fuera, Kipling tuvo la bastante sensibilidad para saber que en otra dimensión que no

fuera la práctica y tecnológica, esto es, en la espiritual, el hombre de Oriente podía ser superior a su colonizador blanco. Este secreto convencimiento; el amor a la tierra, al aire, al paisaje en que nació; el hecho de que hasta sus cuatro o cinco primeros años no supiera hablar inglés, hacen de Kipling un escritor ambivalente, le dan, cierto es, una mayor perspectiva, pero también hacen de él una especie de perpetuo desterrado. De ahí una constante contradicción en sus obras, y en especial las que escribió sobre la India, o sea las más famosas y características. A los seis años, sus padres lo llevaron a Inglaterra y lo dejaron -abandonaron, mejor dicho-, en una "foster home" o casa de crianza. Allí pasó cinco años bajo un régimen tiránico que lo señaló para siempre. Era la época de la educación espartana en Inglaterra, y Kipling ha recordado en varias historias suyas, a lo Dickens, el terror que ejercían los cómitres del tutelaje y la enseñanza. De Southsea fue a un internado en Westward Ho, al norte de Devon: United Services College, donde estuvo otros seis o siete años. El daño que sufrió en ambas instituciones, y que vino a ratificar su radical soledad, está descrito en dos historias que las recuerdan: "Bee, Bee, oveja negra" (la guardería de Southsea) y "Stalkey y Cía." (la brutalidad del United Services College). Su primer libro, *Lírica escolar*, le fue publicado por sus padres cuando tenía dieciséis años. Al siguiente volvió a la India. Empezó a trabajar en la *Civil and Military Gazette* de Lahore y de ahí en adelante se dedicó al periodismo. Kipling fue un escritor precoz, e igualmente lo fue su fama. Sus historias y artículos llamaron en seguida la atención de sus lectores; consciente, deliberadamente Kipling parecía identificarse con las aspiraciones, no sólo de la sociedad angloindia a la que pertenecía, sino con las de la Inglaterra victoriana que hallaba en sus escritos lo que sobre el Imperio Británico quería escuchar. A esa época pertenecen *Departmental Ditties*, *Plain Tales From the Hills* y "*The Phantom Rickshaw*". Cuando retorna a Inglaterra, Kipling, con veinticuatro años de edad, está considerado como uno de los mejores prosistas de su tiempo. En Inglaterra, la burguesía expansionista está satisfecha de haber encontrado al fin un escritor que exprese la idea imperial. Su poesía adquiere muy pronto gran popularidad. Aunque Eliot no cree posible hablar de sus poesías, sino de sus versos, estos le fluyen fáciles, expresivos, llenos de color y de sonoridad. Es un escritor auténtico. Uno de los pocos que se han identificado, de manera espontánea, auténtica, con la ideología de su gobierno, con el "establishment". Además, está en ellos todo el antiguo sabor del verso heroico inglés, la alteración y los acentos vernáculos. Sean verso o poesía, hay una gran fuerza expresiva en las *Barrack-Room Ballads*, por ejemplo. El año de su publicación se casa Kipling. Su mujer, Carolina, era hermana de Wolcott Balestier, escritor y editor norteamericano. Con él colaboró en la novela *Naulakha*. Los recién casados viajaron al Japón y de allí volvieron a los Estados Unidos. Los Kipling se establecieron en el boscoso estado de Vermont, en Brattleboro. Vivieron primero en una pequeña casa, el *Bliss Cottage*, de nombre simbólico; después construyeron una gran mansión, a la que dieron el nombre de novela: *Naulakha*. Todavía se conservan en perfecto estado tanto la casa como el gabinete de trabajo de Kipling. Su padre, cuando lo visitó allí, mandó inscribir en la chimenea un versículo del Evangelio según San Juan: "The night cometh when no man can work" (el versículo entero dice así: "Conviéneme obrar las obras del que me envió, entre tanto que el día dura: la noche viene, cuando nadie puede obrar."-S. Juan, IX, 4). Este epígrafe quizá inspira uno de los libros de Kipling, *The Days Work*, y es por lo demás característico del espíritu de su obra, de su afán por el deber ser. El mismo sentido del famoso "If". El mismo sentido del deber victoriano. En su estudio de *Naulakha*, el escritor trabajó infatigablemente. Allí en cinco años, aproximadamente, escribió los dos *Jungle Books* (en los que insistiremos más adelante), *The Days Work*, *The Seven Seas* y *Captains Courageous*. Durante aquellos años, Kipling, famoso en el mundo entero, permaneció relativamente aislado. Es muy posible que el nuevo ambiente de América haya influido en esta fase de su obra. Los bosques de Vermont debieron sugerirle o recordarle muchos elementos de sus *Jungle Books*, la tormentosa costa, *Captains Courageous*. Sin embargo, a Kipling no le gustaron los Estados Unidos. Mantuvo siempre hacia los norteamericanos una actitud condescendiente; todavía los consideraba como a los "rebeldes". Aun viviendo en Nueva Inglaterra, le pareció terrible la curiosidad e impertinencia de los periodistas norteamericanos. Se sentía invadido en su casa, en su familia, en su vida interior. Le parecieron, además, provincianos, y en el otro extremo, el de Nueva York, no encontraba sino ruido, lucha, suciedad, confusión. Dados su carácter, y su posición como el escritor oficial del Imperio, no hay muchas probabilidades de que Kipling se hubiera quedado en América, pero quizá hubiese permanecido más tiempo, aun con, las muchas reservas que tenía hacia los Estados Unidos, de no haber mediado dos incidentes. Fue el primero el conflicto anglo-americano con motivo de la

intervención en Venezuela. Los dos imperios de lengua inglesa, el ascendente y el declinante, chocaron frente a frente, y el Británico se vio obligado a sorberse el orgullo. El otro fue una discusión familiar, una riña con sus cuñados. El caso llegó al tribunal, y de éste a la prensa. A Kipling, que se volvía de más en más retraído, le pareció insoportable aquella publicidad y se embarcó hacia Inglaterra. Con todo, el tiempo que vivió en el Bliss Cottage de Vermont, fue quizá el más satisfecho de su vida; tuvo buenos amigos norteamericanos; amó los bosques y los animales de América; y sus dos hijas le nacieron en Vermont, a una de las cuales, Josefina, lo dedicó los Jungle Books. Vuelto a Inglaterra, publicó Captains Cotirageous y Stalkey y Cía. Hizo un viaje a Nueva York, enfermó de pulmonía y publicó la más famosa de sus novelas: Kim, en la que hay proyecciones autobiográficas. Apenas entrado en la madurez, Kipling era en aquellos años uno de los escritores más conocidos. Era entonces amigo y protector suyo, Cecil Rhodes. Durante algún tiempo, Kipling vivió en una casa que le regaló y algunos críticos afirmaron después que Kipling no fue en realidad sino el juglar del gran imperialista. La afirmación es absurda. Aquella amistad fue un caso clarísimo de afinidad, y a la postre fue la secreta premonición de Kipling acerca del fin del Imperio la que acertó. Kipling no necesitaba por entonces mecenazgos. En 1895 había rechazado la laureada, así como más tarde se negaría a recibir otras condecoraciones. Según decía, prefería mantener su independencia, no aceptar compromisos que no fueran libremente elegidos por él. Compró una casa, Bateman, en Burwash, Sussex; publicó en ese período, a comienzos de siglo, Traffics and Discoveries, Puck of Pucks Hill, Rewards and Fairies. **En 1907 se le concedió el Premio Nobel**, siendo también uno de los escritores más jóvenes que lo hayan recibido, a los cuarenta y dos años. Pero ya por entonces se iniciaba una reacción contra Kipling en los ambientes intelectuales. Se le rendían honores en Durham, Oxford, Cambridge, pero su asociación con Rhodes y Jameson, la idea de un Imperio civilizador, británico ante todo; su creciente símbolo imperialista, fueron poco a poco aislándolo. A la par que se difundía lo que él consideraba como obra menor, sus historias de animales y aventuras, se encontraban mayores objeciones a sus libros trascendentes. Kipling había alcanzado el punto más alto de la curva e iniciaba el descenso. En 1915, escribió Actions and reactions. El mundo entraba en la gran guerra y con ella el fin del mundo político de Kipling. Hacía años que lo intuía, lo preveía, pero no pudo imaginar la forma violenta que asumiría en su caso, en su destino personal. En 1915, en Laos, cayó en combate su hijo John. Nunca pudo hallarse su cuerpo. Y este fue el golpe que vino a demoler la fe imperial de Kipling. A partir de la tragedia, Kipling se retrajo, siguió escribiendo, pero cada vez más aislado de las nuevas generaciones y su obra cada vez más teñida de amargura, de desilusión y de frustraciones existenciales. Rechazó en dos ocasiones la Orden del Mérito; escribió The Irish Guards in the Great War, en memoria de su hijo; A Madonna of the Trenches; Debits and Credits, Limits and Renewals, uno de sus últimos libros. La obra de Kipling en sus años finales conservó siempre su estilo personal, su profunda, íntima creencia en la Ley, pero sus cuentos y relatos se volvieron menos típicos, menos espontáneos. Kipling se tornó un filósofo amargo, pesimista; el trazo de sus cuentos se hizo más sutil y complicado, más literariamente puro y ambicioso. No hay duda de que por entonces ya empezaban a influir en él las corrientes de vanguardia, el descubrimiento de lo subconsciente y la revalorización de lo subjetivo y autobiográfico, a pesar de que Kipling ha sido uno de los escritores menos explícitos de sí mismo que hayan existido. Sólo en Something of myself cuenta su vida, y de la manera más objetiva posible. La obra apareció póstuma; se publicó en 1937, muerto Kipling en Londres un año antes. Los jóvenes veteranos de la primera gran guerra le habían dado la espalda durante sus últimos años; los jóvenes veteranos de la segunda, en la que se cumplió el fin catastrófico del Imperio que vislumbrara Kipling, lo arrinconaron cual algo parecido a una vergüenza nacional.

EL MUNDO DE KIPLING

El mundo de Kipling, como el de todo gran artista, está lleno de contradicciones aparentes. Es, además, muy rico en ambientes, personajes, historias, motivos. La multiplicidad de la India, sus contrastes, su barroquismo esencial, parecen haber influido en este escritor de imaginación calidoscópica. Uno de sus elementos, el imperialista, al que ya nos hemos referido, fue el más conocido, el que le valió la fama, estar

de moda unos años, y por lo mismo, por imperialista, ser arrinconado después. ¿En qué consistía pues, concretamente, la actitud imperialista de Kipling? La respuesta puede ordenarse así. En primer lugar, la expresión del Imperio Británico, el canto a las Cinco naciones (Australia, Canadá, Gran Bretaña, Nueva Zelanda, Suráfrica). La mayor parte de los libros de Kipling tratan de la vida de los soldados, los comerciantes, los funcionarios coloniales en tierras remotas, bárbaras, incomprensibles. Hay en su obra, en efecto, mucho exotismo geográfico, pero se diferencia de los románticos en que, entre otras muchas cosas, no idealiza ni a los paisajes ni a los hombres, y para todo tiene siempre una razón, una causa perfectamente definible. El naturalismo influyó en él. Maupassant, por ejemplo. El caos de países, colores, lenguas, uniformes y religiones es sólo aparente. Todo ello debe ser regido por el orden imperial, por una idea que se apoya en las armas pero sobre todas cosas se apoya en la inteligencia práctica y en la voluntad. En otros planos, más profundos, que no secundarios, Kipling expresa las virtudes de la raza blanca, de los supuestos arios y en particular de los ingleses. Su historia de Inglaterra es un claro ejemplo de esta fe suya en las cualidades excepcionales de sus compatriotas. Se ha querido ver en esta exaltación de la metrópolis, la nostalgia del colonial, del desterrado que desde su infancia ha idealizado la tierra lejana de sus padres. El hecho es que Kipling puso sobre todas las demás a la sangre inglesa en la escala de las jerarquías humanas, y si se le apremiaba a ello, ensanchaba a regañadientes el círculo de las superioridades e incluía a todos los pueblos anglosajones, a los arios e inclusive a los franceses, "lesser breeds" cepas de menor valía. Más abajo en la escala, después de los blancos, situaba a los demás hombres. El Occidente nunca se integraría con el Oriente, el hombre blanco era espiritualmente diferente, opuesto, al asiático, al africano. El contacto, la fusión de las razas no haría sino impurificarlas y corromperlas recíprocamente. De ahí que no le agradara el mestizaje, que se preocupara ante las marejadas de inmigrantes judíos e italianos que llegaban a los Estados Unidos a mezclarse con los anglosajones. Kipling estaba también convencido, al igual que la mayor parte de los victorianos, que la misión del hombre blanco, del inglés concretamente, era civilizar el mundo, dilatar las fronteras de la luz hacia los confines de las tinieblas caóticas, amorfas, en que todavía se debatían los pueblos de Oriente. Esta luz era el orden, el apego estricto a una ley, la fe en la razón. En *Tres soldados*, explica esta fe, esta idea misoneísta: "Año con año, Inglaterra envía nuevos contingentes a la línea de fuego que se llama -oficialmente Servicio Civil Indio. 18stos mueren, o se matan por exceso de trabajo, o se preocupan hasta la muerte, o pierden la salud y la esperanza con objeto de que el país pueda quedar a salvo de la muerte y las enfermedades, el hambre y la guerra, y pueda alguna vez llegar a mantenerse por sí solo. Nunca se mantendrá por sí solo, pero la idea es hermosa, y los hombres están dispuestos a morir por ella. . . "

Aunque la idea imperial de Kipling se apoyaba en ese sentido profundo, casi místico, de la ley racional, que debía aprenderse desde la cuna -de ahí el énfasis que Kipling pone en la niñez, en la juventud; de ahí el tono didáctico de muchos de sus escritos-, su más profunda creencia era en el heroísmo, el temple heroico que sabe triunfar sobre todas las adversidades. En este aspecto, el mundo de Kipling es el de la energía humana; es afín a la de Carlyle, al de Nietzsche, al de D 'Annunzio en su etapa fascista. Y las nuevas generaciones de escritores han llamado fascista al propio Kipling. Sin lugar a dudas que hay en sus libros muchos elementos que luego se encontrarán integrados en el pensamiento fascista: el imperio, el racismo, el sentido heroico de la guerra, la creencia en élites rectoras y el desprecio hacia las clases proletarias. El escritor Orwell, por ejemplo, uno de sus más duros y mejores críticos, subraya el tono humorístico con que Kipling presenta a los humildes soldados de línea ingleses, que hablan -siempre con acento Cockney; señala también que idealiza a los oficiales. Todo ello es cierto, como también es cierto que las ediciones de lujo de Kipling -la de los Libros de la selva, en 1897- se adornan de cruces gamadas, el símbolo ario del sol, mucho antes de que el emblema viniese a representar el nacional-socialismo. En realidad, como dice Orwell, Kipling era más bien prefaseista.

Pero el mundo de Kipling es más -complejo, contradictorio y sorprendente de lo que en un primer plano puede parecer. Su fe en el Imperio Británico era precisamente eso en el fondo: fe. Y la fe, en un escritor educado en la Biblia protestante, en las normas de conducta, en el utilitarismo y en el darwinismo, estaba necesariamente socavada. A veces, en muchos de sus escritos, Kipling se revela como un hombre escéptico, desengañado, íntimamente convencido de la inutilidad de la razón, el progreso, el esfuerzo civilizador porque, en el fondo de todas las cosas, no está sino el eterno retorno y el misterio, es decir, la Ley. El hecho de que Kipling pasara sus primeros años en la India, al cuidado de sirvientes orientales; el

hecho de que después volviera al subcontinente y viajara más tarde por Japón, África, y otras muchas tierras sintiéndose siempre atraído por la inmensidad de Oriente, no demuestra sino ese radical desasosiego del cantor de las glorias imperiales. Aun sus ideas racistas son muy relativas. El gran personaje de sus libros no está tanto en los soldados ingleses como en la India misma, la "grande, gris, amorfa" India. Admira auténtica, profundamente a los valerosos "beggars", mendigos en rebelión, a los Gunga Din que múltiples veces aparecen en sus historias. La contradicción de Oriente y Occidente estaba en su propio espíritu. No resulta tan sorprendente, por tanto, que un imperialista, o supuesto imperialista, como Kipling haya escrito en sus Libros de la selva el cuento del "Milagro de Purun Bhagat", esto es, la negación misma de toda su teoría política. No creía, además, y recuérdese la cita anterior de Tres soldados, que la misión del Imperio llegara a buen término; no creía, en sus últimos años, que ni siquiera pudiera sostenerse la estructura política, militar, administrativa del Imperio Británico que entonces existía.

EL MUNDO DE MOWGLI

Kipling fue un escritor precoz; fue también un escritor que, a pesar de alcanzar más de setenta años, mantuvo siempre la curiosidad, el don de maravillarse y el sentido esencialmente mágico de la vida que caracteriza a los niños. No es ningún azar que haya sido, y sea, el escritor de los niños y los muchachos. Y en esto encaja muy bien en el contexto de la literatura inglesa. Los más grandes poetas del mar y de la juventud han sido ingleses o -de habla inglesa: Scott, Dickens, Stevenson, Melville, Conrad, London. Cuando Kipling empieza a escribir sus Libros de la selva, responde por un lado a una tradición establecida; por otro, a su propia infancia, a sus vivencias y ensoñaciones. Fue en los Estados Unidos, en el Bliss Cottage de Vermont, la Casa de la Felicidad, "en la quietud, y suspenso, del invierno de 1892", cuando Kipling comenzó a escribir los primeros cuentos de los Libros de la selva, que dedica a su hija Josefina, nacida el 29 de diciembre de ese mismo año. Durante una cena de Thanksgiving, de Acción de Gracias, contó las peripecias de una banda de monos en la India (Bandar Log) y su historia produjo una gran impresión en los oyentes, tanto niños como adultos. A la enfermera que cuidó a su mujer e hija, Kipling le regaló el manuscrito del primer borrador de "Los hermanos de Mowgli", y este cuento apareció publicado, por primera vez, en el St. Nicholas Magazine. A ésta siguieron otras historias y al cabo se coleccionaron en El libro de la selva (traducido también como El libro de las tierras vírgenes), 1894; y El segundo libro de la selva, 1895.

El mundo de Mowgli es en gran parte el mundo de la niñez de Kipling. Es el Kipling más elemental, el escritor y el hombre reducido a sus límites más sencillos, a sus visiones primeras. Tal parece que en el riguroso invierno de 1892, en la quietud y la soledad de su casa, rodeada de bosques espesos y de nieve, Kipling se retrajo a las luces, los colores, las formas, olores y sonidos de su infancia en la India. Durante aquellas horas, días, meses y años mágicos, el escritor se ensimismó en el más literal sentido de la palabra. Siendo tan poco explícito en su obra, tan raramente autobiográfico, es curioso que fuera Kipling a proyectarse tan desnudamente en Mowgli. Ahí están el Imperio, la superioridad del hombre blanco, la energía, la ley, todos los elementos en fin que caracterizan la constante temática de Kipling, pero lo que substancialmente yace en el fondo de todo ello es el hecho de un niño desterrado de los suyos, a quien cría una loba y hace de los lobeznos sus hermanos, así como de Bagheera, la pantera; de Baloo, el oso, y tantos otros. Es por esto que Los libros de la selva ejercen una atracción que va más allá el cuento para niños y muchachos, más allá de la fábula y la intención didáctica. Pensamos que lo que hace clásicas a las historias de Mowgli es haber intuido, en una revelación hacia adentro, el mundo mágico de los niños en su fase más crítica: la iniciación; primero en la naturaleza; después, en los hombres. Aunque se puedan analizar, explicar eruditamente, Los libros de la selva, a diferencia de otras fábulas o de otros relatos de aventura, poseen una cualidad misteriosa, una virtud que se escapa -como toda gran poesía-, a la detección filológica. Ese fondo inexplicable irradia, empero, toda la obra, la sumerge toda en una penumbra mágica que evoca, que ha evocado en muchas generaciones de hombres, no sólo su niñez, sino sus más profundos sustratos anímicos. Por muchas que hayan sido las influencias de Kipling, las fuentes

diversas que se puedan hallar en Los libros de la selva y que van desde Rómulo y Remo hasta los personajes del Tío Remus, de Joel Chandler Harris-, hay en ellos un indudable acento de autenticidad, de verdad. Esto es, son originales porque se originan en la propia niñez del escritor, en el yo radical que los años y el roce social sumergen en lo más hondo del espíritu. Partiendo de ese supuesto, de que el mundo de Mowgli es el mundo de la infancia de Kipling -casi huérfano, desterrado de los suyos; diferente en la India, y diferente también en Inglaterra; víctima y creyente de la ley, que conoció muy temprano en la vida-, quizá pueda comprenderse mejor porque es precisamente esta obra la que ha permanecido siempre fuera del naufragio más o menos total en que se perdieron los versos y los otros libros del autor. Y es que de la intuición introspectiva y de la magia, se pasa al mito, a la explicación total de las cosas y los seres. En el mundo de Mowgli, como en el de los mitos, no existe el tiempo, no existen tampoco las leyes convencionales, los animales están humanizados, pero no son hombres, y tienen plena conciencia de no serlo. Es indudable que muchos de ellos encarnan tipos humanos, inclusive personajes; pero lo que personifican sobre todas las cosas es la estructura del mundo de la naturaleza, del mundo de los hombres y del mundo de Mowgli, que se mueve entre los dos buscando su propia identidad. La resonancia con otros cuentos, con otras leyendas -la epopeya de Gil gamés, Rómulo y Remo, Robinson, Segismundo-, se debe en efecto al hecho de que Kipling recrea un mito universal. Una prueba de ello es la ley, a la que alude tantas veces a lo largo de su obra y que en Los libros de la selva se vislumbra quizá mejor que en otros. "La Ley de la Selva---con mucho la más antigua ley del mundo-, ha dispuesto de antemano casi cualquier clase de accidente que pueda pasarle al Pueblo de la Selva, y hasta ahora su código es tan perfecto como el tiempo y la costumbre pueden hacerlo." La Ley, cuyo aprendizaje es el tema dominante de Los libros de la selva, parece ser la necesidad. Se ha señalado que durante el tiempo que vivió Kipling en los Estados Unidos, el darwinismo social estaba en boga. Con la aparición del Origen de las especies, a mediados del siglo pasado, se había ido desarrollando un pensamiento materialista primero en Inglaterra, después en los Estados Unidos, que tenía dos vertientes. De un lado, la idea de la evolución constante, del cambio; del otro, la idea de la lucha por la supervivencia y la superioridad del más apto. Hubo muchos darwinistas que lo fueron, no por el ateísmo radical implícito en la teoría, sino por las aplicaciones sociales y políticas que pudieran dársele. La Ley de la Selva es la justificación biológica, científica, racional, de la explotación de los débiles por los fuertes en todos los niveles y en todas las latitudes. Así, se habla de razas no aptas para la supervivencia, de clases débiles, de espíritus tímidos. Fue el tiempo de la fe en los grandes cazadores. Teodoro Roosevelt, amigo y admirador de Kipling, es el tipo representativo de aquellos depredadores de comienzos de siglo. Con todo, no basta el darwinismo para explicar la Ley que todo lo gobierna en el mundo de Mowgli. Porque no es tan sólo la ley de la selva, sino algo infinitamente superior, una ley cósmica a la que todo: elementos, bestias, hombres, naciones e imperios, están sujetos. Al parecer, la Ley es la necesidad. Cuando Kipling escribe que todos deben doblar la espalda, que todos tienen que obedecer, no sólo se refiere al campesino de la India en la plantación del inglés, o al obrero inglés en la fábrica, o al soldado en el cuartel, sino a todos, mendigos y emperadores; literalmente todo lo que existe en el mundo que conocemos. Esta Ley, radicalmente democrática y niveladora, como la guadaña de las danzas de la muerte medievales, es la necesidad, el determinismo cósmico, el establecimiento previo aun de lo que se llaman accidentes. No sabemos, ni siquiera el propio Kipling precisó este punto, si esta necesidad es la probabilidad, la entropía, pero el hecho es que existe y que niega absolutamente la libertad. De ahí que, en su fondo, Kipling sea un escritor pesimista, amargo e irónico.

Arturo Souto Alabarce

Nota: Hace tiempo, hacia los treinta, apareció en los diarios y en las revistas, noticias sobre un niño-lobo hallado en la India. Había sido criado en la selva por una loba, pero estaba en parte paralizado, con una seria avitaminosis y gravemente retardado en cuanto a sus facultades mentales. Un Mowgli de la realidad. Han existido otros casos semejantes.